

El Eco de Cartagena.

Año XXV.

DIARIO DE LA NOCHE.

NUM. 7149

Precios de suscripción.

CARTAGENA, un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIAS, tres meses, 750 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11'25 id.
La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.
Corresponsal en París para anuncios y reclamos, Mr. A. Lorrette, 51 bis rue Saint-Anne.

Números sueltos 15 céntimos.
REDACCIÓN, MAYOR, 24.

LUNES 7 DE SETIEMBRE 1885.

Condiciones.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—No se devuelven los originales.

Anuncios á precios convencionales.
ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24.

¡Viva la integridad nacional!

Las noticias que ayer nos suministró el correo sobre la toma de posesión de la isla de Yap por una cañonera alemana, llenaron de indignación á Cartagena toda, pues las referidas noticias dan á conocer una gran vergüenza para nuestra querida patria.

La bandera de una nación que se vendía por amiga, ha tremolado en territorio español y para mayor ignominia, esto ha sucedido á presencia de buques que enarbolaban el glorioso estandarte de España.

Sean las que quieran las circunstancias que hayan producido este hecho, siempre resultará que se ha buscado nuestra deshonra y es necesario demostrar que aunque débiles, nunca transigiremos con la vileza.

Protestemos con toda nuestra alma contra los hechos ocurridos en Yap y preparémonos cada cual en su esfera y conforme á sus medios, á ayudar á la gran obra de volver por nuestra honra torpemente vilipendiada en el Archipiélago carolino.

LO OCURRIDO EN MADRID EN LA NOCHE DEL VIERNES.

Las causas.

Al oscurecer del viernes se recibió en Madrid en el Ministerio de Marina un telegrama del Capitán General de Filipinas, dando cuenta del vandálico hecho practicado por los alemanes en las Carolinas, que es el que sigue según lo que oficialmente se ha comunicado á la prensa:

“Manila 4 de Setiembre de 1885.

Anoche á las nueve llegó el *San Quintín* con todo el personal de la expedición y dice que el buque alemán *Ill...* tomó posesión de Yap en la noche del día 25, estando fondeados en aquel puerto el vapor *San Quintín* y el *Manila*, cuando al día siguiente debía instalarse solemnemente el gobernador en la isla, en la que habían de

sembarcado parte del material. El gobernador y el comandante del *S. Quintín* protestaron del acto de Alemania y en desahucio ambos, asumió el mando el segundo allí el vapor *Manila*.”

El Resumen cuenta lo ocurrido de esta manera.

Los primeros momentos.

A la caída de la tarde la noticia de atentado de Alemania cundió rápidamente por calles, círculos y cafés, oyéndose en todas partes frases de indignación.

Un grito, una frase viril bastaba para que estallase en forma tumultuosa la ira que rebotaba en todos los pechos.

¿Quién dió ese grito, quién pronunció esa frase?

No lo sabe nadie...

Ello es que se gritó ¡viva España! y se inició el movimiento de agrupación y entusiasmo.

A partir de este momento, en los cafés, en los círculos y en las calles se oyeron los apóstrofes y las arengas, los vivas y los mueras.

A las nueve de la noche se habían formado en las aceras de la Puerta del Sol algunos grupos que comentaban con viveza los acontecimientos.

Junto al café Oriental unos cuantos jóvenes empezaron á protestar en voz alta contra el atentado de Alemania; formóse un grupo numeroso que se dirigió hacia el Suizo, donde engrosó considerablemente, pues se le agregaron la mayoría de los que llenaban el café; los concurrentes al Inglés y Fornos.

Aquella masa, compuesta de 500 personas, se dirigió á la Presidencia, que cerró sus puertas, ante las cuales dieron los manifestantes vivas á España y mueras á Alemania.

Los gritos eran atronadores, repitiéndose sin cesar las aclamaciones á España y al ejército.

—¡A la embajada! se dijo por todos.

La ola crecía; la manifestación aumentaba considerablemente, y marchó resuelta hacia el Centro del Ejército y la Armada, á cuyos balcones se asomaban gran número de socios.

Allí los gritos fueron todavía más atronadores, vitoreando al ejército y al general Salamanca.

Un joven, vestido de paisano, dirigió desde un balcón su voz á los manifestantes, diciéndoles con acento enérgico y sentido:

—“¡Amigos! El ejército sabrá cumplir su deber.”

Esta frase fué acogida con frenéticos aplausos y aclamaciones.

En vano procuró calmar los ánimos el gobernador de la provincia Sr. Corbalán. Todos oyeron con respeto al gobernador; pero lo que ellos decían: ¿á quien ofendemos, gritando viva España?

La manifestación se fraccionó, dirigiéndose el Sr. Corbalán al ministerio de la Gobernación, y en el acto dispuso que marchase á la calle del Amor de Dios una sección de agentes de Seguridad y una compañía de la Guardia civil.

En la legación alemana.

Y mientras unos se quedaban vitoreando al Círculo militar, y otros iban camino de la Puerta del Sol, y todos se desbordaban por calles y plazas como ola patriótica, un

numeroso grupo llega á la calle del Amor de Dios, escucha á la calle de las Huertas, donde tiene su residencia la legación imperial.

Cuatro y cinco de cada público se replegan en torno del edificio; pero la multitud las arrolla y llega hasta querer derribar las puertas.

Llegaron refuerzos á la policía, pero á su vez los manifestantes se vieron pronto engrosados por nuevos grupos que acudían de todas las direcciones.

—¡Mueras Alemania! gritaban los usurpadores!—gritaban todos, siendo secundados por varios vecinos de las casas inmediatas que contestaban desde los balcones.

El intento de los manifestantes era entrar en la legación y varias veces trataron de forzar la entrada, pero la policía consiguió resistir.

De pronto un hombre se destaca de entre la multitud, trepa ágilmente por una reja, se agarra á los hierros de un balcón, llega al mirador en donde campea el escudo y le da una patada.

—¡Hurra! ¡Mueras Alemania!—grita la multitud.

El escudo está sobre la puerta y se le quiere arrancar, pero el hombre que trepó no puede vencer la resistencia; anheba dos, sube cuatro; uno lleva un hacha, se cuelga de un listón con un brazo mientras con el otro golpea el asta y el escudo. Entonces se oyeron algunas protestas y algunas voces que decían: ¡no, no!

Sin embargo, el escudo cayó con el asta al suelo y la gente se lo llevó á la Puerta del Sol en donde se le pegó fuego.

En las demás embajadas.

¡Saludemos á las demás naciones! gritó en un grupo una de esas voces que son como inspiración de la multitud.

—¡A las embajadas!—contestaron todos.

Y varios grupos se dirigieron á la calle de Alcalá donde está la legación de Italia. Allí se vitoreó á la raza latina y á la unión de los pueblos latinos; se dieron mueras al corsario del Norte! y se aseguró por un orador que no se trataba de pedir apoyo á Italia, sino de manifestarle nuestra amistad.

En las demás legaciones y embajadas se repitió el mismo espectáculo.

Frente á la de Inglaterra se dieron varios vivas á la nación británica y un orador popular recordó á Wellington.

Pero donde el entusiasmo rayó á mayor altura fué en la calle de Olózaga, frente á la embajada francesa.

A eso de las once y media se presentó allí un grupo de 300 á 400 hombres, que pronto se fué engrosando.

Como por arte de magia parecieron allí dos banderas, española una y francesa otra, que se colocaron cruzadas sobre la puerta del edificio, mientras resonaban las aclamaciones á las dos naciones hermanas.

—¡Vivan España y Francia unidas! ¡Mueran los traidores!—gritaba con entusiasmo la multitud.

Varios oradores dirigieron la palabra al público, encomiando sus simpatías por Francia.

En el edificio que ocupa la embajada, permanecieron herméticamente cerradas las puertas.

A las doce empezaron á llegar las tropas;

caballería sobre todo, ingenieros, etc. El pueblo las vitoreó.

—Mañana todos seremos soldados.

Algunos oficiales saludaban con la espada.

Las tropas se fueron desplegando para ocupar la Puerta del Sol en la mejor resistencia.

A la una de la madrugada, en vista de la actitud conciliadora del público, se dió orden por el capitán general autorizando la libre circulación por la Puerta del Sol y calles adyacentes que habían estado interrumpida durante algún tiempo.

A las dos de la noche la Puerta del Sol estaba cuajada de gente y de banderas. Pasaban de sesenta las que había logrado reunir la multitud. Cada vez que pasaba un soldado ó un oficial del ejército se vitoreaba á la patria y al ejército.

Los oficiales recogen las banderas de los manifestantes sin resistencia alguna. Por el contrario, se les aclamó á cada momento con inmenso entusiasmo. Al entrar en la Puerta del Sol un regimiento de caballería fué aplaudido.

En suma, fué una gran explosión de entusiasmo; cuando alguien aconsejaba prudencia se le contestaba:

—Un español no debe sentir miedo de gritar ¡viva España!

El pueblo, salvo arrastrar el nombre de Alemania, estuvo dócil y prudente; debimos decirlo en su obsequio.

El acto cometido en la legación alemana, signo de toda vergüenza, pero disculpable en un pueblo excitado por las noticias recibidas ayer, pudieron haberse previsto y evitado las autoridades locales.

El gobernador se limitó á ordenar que siete parejas de Orden público, mandadas por un teniente y un capitán, protegieran el edificio de la embajada alemana, á cuyo efecto ocho guardias se situaron dentro de la casa y siete en la calle.

Los Generales.

Desde los primeros momentos acudieron á ofrecerse al ministro de la Guerra los generales Martínez Campos, Canales, Dabán, Primo de Rivera, Reina y brigadieres Soria, Santa Cruz, Muñoz Vargas, Fronte Lluich, Jimenez Palacios, Seijas Castro y otros oficiales generales que no recordamos. El general Salamanca estuvo también á 4/11 una hora.

A las once y media se dirigió á la Presidencia el marqués de Miravalles, acudiendo al mismo punto momentos después, el Sr. Martínez Campos.

Al ministerio de la Gobernación también han acudido los generales Blanco, Salamanca y otros.

El ministro de la Guerra ha estado en su despacho hasta esta mañana.

Muerte campamento.

La orden de sacar las tropas á la calle no se dió hasta las once de la noche.

A la una estaba Madrid convertido en un verdadero campamento.

Secciones de caballería ocupaban la avenida de la Puerta del Sol, mientras en el centro se instalaba el grueso de las fuerzas y el cuartel general; un batallón de infantería cubría por las calles de la Montaña y Puerta del Sol, no sabemos donde; otro ocupaba la calle de Sevilla, y así los demás cuerpos de la guarnición, la artillería inclusive, pues hasta